

¿Qué pasa en los Estados Unidos?

EN ESTE NÚMERO

Editorial – El fantasma de la inflación

Cuba y Estados Unidos: ¿qué clase de normalización es posible?

El significado del embargo en Cuba (Parte I)

¡Pay them more!

EDITORIAL

POR CESCOS

La economía americana enfrenta un proceso inflacionario inédito en su historia reciente. Según el indicador aparecido hace 12 días, la inflación de junio alcanzó un inesperado 0,9%. Eso representa en los últimos doce meses una inflación de 5,4%. Según Bloomberg, « Excluding the volatile food and energy components, the so-called core CPI rose 4.5% from June 2020, the largest advance since November 1991 ».

Es decir, no hay antecedentes recientes de un guarismo de esta naturaleza. Un 5,4% de inflación anualizada es preocupante en sí mismo. Sin embargo, hay dos enfoques definidos y distintos para explicar el fenómeno. Hay por un lado una explicación coyuntural y por otro lado una explicación estructural. La explicación coyuntural sostiene que el alto índice de inflación vislumbrado en los últimos 3 meses se debe a una excepcional aceleración de la demanda en un escenario post COVID que convive con una temporaria incapacidad de la oferta para satisfacer y adaptarse ante dicha (inusual) demanda. Como ambos fenómenos son temporarios en su actual magnitud, los defensores de esta corriente remarcan que no es necesario implementar una agresiva política monetaria restrictiva, que eleve las tasas de interés. Paul Krugman defiende esta postura semanalmente en las páginas del New York Times (<https://www.nytimes.com/by/paul-krugman>).

En cambio, hay una corriente más ortodoxa que hace hincapié en la notable expansión monetaria que ha acontecido durante el COVID pero que, esto es muy importante, trasciende a la pandemia. La emisión de moneda ha sido una herramienta presente en la política monetaria de los EEUU al menos desde la profunda crisis financiera de 2008. Más aún, es posible marcar una política monetaria expansiva desde el crash de las “punto.com” en el inicio del siglo XXI. Así, en un

escenario donde las tasas de interés han permanecido cercanas a 0% (cero) durante al menos una década, la aparición de la pandemia como evento inesperado supuso un nuevo desafío que, a su vez, sostienen los ortodoxos, se encuentra ahora con un nuevo estímulo fiscal que parece innecesario.

¿Quién es el responsable de esta compleja situación? Los demócratas sostienen que a la propia excepcionalidad de la pandemia debe sumarse una política fiscal laxa e irresponsable llevada a cabo por la administración Trump, quien impulsó una reducción de impuestos como una de sus principales herramientas macroeconómicas. Por cierto, reducir impuestos es casi siempre una idea correcta pero, en el contexto ya endémico del endeudamiento americano, debe ir acompañado por un prudente ejercicio del gasto.

Por su parte, los republicanos sostienen que el plan de estímulo de la administración Biden refleja una mala lectura de los recientes indicadores ya que la economía del país estaba viviendo una evidente expansión cuando el nuevo inquilino llegó a la Casa Blanca, el 20 de enero pasado. Sin embargo, el propio paquete de estímulo supone por un lado una (clásica) política keynesiana de impulsar la demanda agregada a través de incentivar el gasto del consumidor mediante la (poco original) política de depositar un cheque en las cuentas bancarias de las familias pero, por otro lado, la expectativa sobre el aumento del gasto se compone también de una necesaria “Infraestructure Bill”, es decir, una especie de “New Deal de la infraestructura”, que contribuya a generar incentivos para la inversión pública-privada en diversos sectores claves de la economía que en el pasado reciente no han recibido suficientes fondos para llevar a cabo una imprescindible modernización de eslabones claves para el aumento de la productividad.

Así, por un lado el estímulo a las familias parece innecesario y demagógico pero el impulso para una revolución de la infraestructura, donde el sector privado juegue un rol central, parece imprescindible. En el medio de la discusión se encuentra un ala radical demócrata que solo aspira a incrementar el gasto público e incrementar impuestos mientras que en el otro extremo se encuentra un ala republicana que pide un directo combate a la inflación pero que hizo poco para controlar el incremento de los gastos durante la administración Trump. Como mencionamos en un editorial anterior, la discusión sobre el alcance de la “Infraestructure Bill” trasciende la dura disputa inter-partidaria y se introduce en la muy dura disputa intra-partidaria (<https://cnb.cx/3xUJJB7>). Así, una frágil mayoría bipartidaria ha llegado a un acuerdo y sancionado una ley para renovar autopistas, puertos y ferrocarriles pero queda pendiente una difícil negociación sobre cómo financiar una parte importante de la misma, nada menos que 579 billones de dólares. La discusión se repite pero es importante: ¿es un aumento de impuestos a los sectores más ricos la manera más eficiente y justa de financiar este tipo de programas o un estado hiper-endeudado debe comenzar a dar una señal bipartidaria sobre la necesidad de controlar el incremento de los gastos?

Como ha sistemáticamente reflejado el excelente diario “Wall Street Journal” a lo largo del último año (por ejemplo, una nota periodística aquí <https://on.wsj.com/3eZgs11> o una nota de opinión aquí <https://on.wsj.com/36QE6lq>) la vocación de la mayoría demócrata por incrementar el gasto no encontrará en el 2021 límites en la Casa Blanca o en la Cámara de Representantes. Queda solo un ejercicio de responsabilidad por parte del líder de la mayoría demócrata en el Senado, el neoyorquino Chuck Schumer. Demasiado poco parasemejante coyuntura.

RELACIONES INTERNACIONALES

CUBA Y ESTADOS UNIDOS: ¿QUÉ CLASE DE NORMALIZACIÓN ES POSIBLE?

POR SEBASTIÁN E. DO ROSARIO



La administración Biden se enfrenta al inesperado desafío de tener que explicitar su estrategia de política exterior hacia Cuba antes de su primer año de mandato. Eso generará tensiones con el ala radical de los demócratas, con el ala conservadora de los republicanos o, probablemente, con ambos.



*"Con el objetivo de diseñar una estrategia que pueda contribuir a obtener resultados que representen algún tipo de **mejora material inmediata para la población en Cuba**, Estados Unidos debe considerar una aproximación multilateral, eligiendo cuidadosamente actores internacionales estatales e institucionales (...)"*

Tan solo hace unos pocos meses atrás, la Secretaria de Prensa de la Casa Blanca, Jen Psaki, brindó una conferencia en la que afirmó que “un cambio en la política hacia Cuba no está en las principales prioridades de la administración del Presidente Biden” (<http://hrlid.us/2UYdTos>), tal vez enterrando las esperanzas que muchos tuvieron con la vuelta de los demócratas a la presidencia y la consecuente posibilidad de revertir las restricciones implementadas durante el mandato de su antecesor, Donald Trump.

Durante su gobierno (2016-2020), Trump revertió varias de las políticas que su antecesor Barack Obama efectuó con el objetivo de avanzar hacia una “normalización” de las relaciones bilaterales. Trump llegó incluso a incorporar nuevamente a Cuba en la lista de países que patrocinan el terrorismo (<https://bit.ly/3wQNGWj>), así como

reintrodujo restricciones varias al envío de remesas hacia Cuba, el turismo y los intercambios educativos.

Con el correr de los meses y el comienzo de las manifestaciones en Cuba solo hubo unas leves declaraciones por parte del presidente Biden (<https://bit.ly/3iqukIC>), quien en un comunicado instaba a la dictadura cubana a “escuchar a su pueblo y atender sus necesidades”, explicitando así que realmente la situación ahora no representa una prioridad de política exterior para Estados Unidos.

Mientras que la arquitectura de sanciones y restricciones hacia Cuba se mantiene prácticamente tal cual Trump la dejó, no queda claro cuál será la estrategia que adoptará la Casa Blanca ante el aumento de la represión gubernamental.

-mental de La Habana, denunciada por organizaciones de Derechos Humanos por los apagones comunicacionales, las detenciones y las desapariciones forzadas de periodistas y manifestantes que están ocurriendo (<https://bit.ly/3BlxVtR>).

Ante un escenario en el que los decisores de Estados Unidos se encuentran más preocupados por las consecuencias de su retirada de Afganistán, el desafío geopolítico de China o un nuevo acuerdo plurilateral con Irán respecto de su plan nuclear, cabe preguntarse qué políticas podrían abordarse, considerando que el empeoramiento de la situación humanitaria en la isla podría desencadenar mayores flujos migratorios.

Esta discusión respecto de las opciones de acción exterior que el gobierno de Biden pueda considerar para hacer frente a las presiones domésticas e internacionales que claman por una respuesta para Cuba debe tener presente qué se buscará lograr al momento de decidir un curso de acción que renueve o levante sanciones y restricciones. Máxime cuando no es del todo claro cómo puede esto ayudar al pueblo cubano.

Los cambios en la política de sanciones y restricciones estadounidenses de los últimos años poco han podido hacer para promover los derechos humanos en Cuba, en tanto que en parte han servido para contribuir a la narrativa oficial del Partido Comunista Cubano (PCC), narrativa que remarca que el accionar del “imperio” solo busca destruir los logros de la revolución, mientras tienden lazos con Irán, Rusia y China.

El rol de los actores extrarregionales en América Latina debe ser analizado en detalle, en tanto que los mismos buscan explotar las debilidades económicas e institucionales de ciertos países de la región, tales como Cuba o Venezuela, para

avanzar en una estrategia de posicionamiento que les permita balancear para desafiar la posición de los Estados Unidos en el hemisferio.

La relativa falta de interés de la Casa Blanca en esta situación particular que está viviendo Cuba redonda en una pérdida de liderazgo que, en esta situación particular con la isla, contribuye a que otros actores estatales extra-hemisféricos pueda perseguir intereses nacionales que, en suma, solo darán sustento material al régimen de Díaz-Canel y poco redundarán en bienestar y libertad para el pueblo cubano.

Con el objetivo de diseñar una estrategia que pueda contribuir a obtener resultados que representen algún tipo de mejora material inmediata para la población en Cuba, Estados Unidos debe considerar una aproximación multilateral, eligiendo cuidadosamente actores internacionales estatales e institucionales que despejen cualquier tipo de resquemor ante algún tipo de intervencionismo “imperialista”.

Este acercamiento multilateral deberá contemplar necesariamente asistencia humanitaria para dar respuesta a la crisis sanitaria que la pandemia de Covid-19 ha ocasionado y evitar, al menos en una primera instancia, que la política entorpezca la negociación. Al momento de escribir estas líneas, en recientes declaraciones a la prensa el presidente Biden ha dejado entrever la posibilidad de donar vacunas a Cuba a cambio de que la vacunación no sea organizada por el gobierno (<https://reut.rs/3kEewOS>) pero sin considerar momentáneamente un cambio en la política de las remesas.

SEBASTIÁN E. DO ROSARIO

Periodista y Maestrando en Relaciones Internacionales (IRI, UNLP), Miembro del Departamento de Seguridad Internacional y Defensa, Consultor en Mentor Público

POLÍTICA INTERNACIONAL

EL SIGNIFICADO DEL EMBARGO EN CUBA (PARTE I)

POR PEDRO ISERN



El foco histórico de la discusión sobre el embargo en Cuba ha estado equivocado. La cuestión no es cuánto perjudicó el embargo a la isla sino cuánto benefició al régimen el conflicto con los EEUU. En este sentido, es clave comparar el costo del embargo con el íntimamente relacionado beneficio de los subsidios soviéticos primero, venezolanos después y, probablemente, chinos ahora y en el futuro próximo.



"La dictadura no solo ha podido responsabilizar al embargo de una sucesión notable de errores propios sino, incluso, ha logrado darle una dimensión tal como para que el embargo siga siendo percibido y denominado como bloqueo. Eso ha sido un logro simbólico (y consecuentemente político) fenomenal"

La discusión sobre el costo del embargo ha sido y sigue siendo poco rigurosa. No nos detendremos a analizar si ha habido un bloqueo o un embargo por parte de los Estados Unidos desde 1962 en adelante. Es claro que un bloqueo es "obstruir, interceptar, impedir el funcionamiento normal de algo" (<https://definicion.de/bloqueo/>) mientras que un embargo representa la "prohibición del comercio y transporte de armas u otros efectos útiles para la guerra, decretada por un Gobierno". Es evidente que desde 1962 en adelante, con distintos matices, los Estados Unidos implementaron un embargo económico a Cuba y no un bloqueo. También es claro que las remesas desde la comunidad cubano-americana hacia la isla han sido uno de los principales ingresos para la empobrecida economía cubana desde 1990 en adelante.

El punto principal de este artículo es otro: remar-

-car que para el régimen los beneficios del embargo han sido mayores a sus costos. Más aún, no solo ha tenido un mayor beneficio económico sino un evidente beneficio político. El punto es delicado y anti-intuitivo por lo cual es necesario precisarlo. El embargo es consecuencia directa del conflicto de los EEUU con Cuba. Este conflicto se enmarcaba en la Guerra Fría. En ese escenario, Cuba articuló una relación estratégica con la Unión Soviética. Esta relación generó para Cuba transferencias netas de recursos (subsidios). Estos subsidios no habrían existido si Cuba no hubiera tenido el conflicto con los Estados Unidos. Es decir, el embargo como una situación excepcional debe compararse con los subsidios soviéticos como situación excepcional y sopesar cuál de los dos tuvo un impacto económico mayor. Es sencillo verificar que hasta 1989 los beneficios del embargo (es decir, los consecuentes subsidios

soviéticos) fueron mayores a sus costos (es decir, la pérdida de comercio con los EEUU). Luego, el embargo ha tenido, en términos netos, más beneficios que costos económicos y financieros.

Este razonamiento es simple pero, sin embargo, inexplicablemente no se encuentra en el centro de la discusión. Lo cuantificaremos en la próxima edición de este Newsletter. Como sostiene el corresponsal del Diario “La Nación” en Washington, Rafael Mathus Ruiz, “Cuba es una isla, pero no está aislada del mundo. En 2019, antes de la pandemia del coronavirus, comerciaba con más de 70 países, según el propio régimen. Uno fue Estados Unidos, el tercer proveedor de alimentos y productos agrícolas, detrás de la Unión Europea y Brasil, según un informe del Congreso norteamericano. Cuba tiene inversiones extranjeras, y obtiene dólares de las remesas y el turismo”. (<https://bit.ly/3hQY4ZT>)

Es válido sostener que mientras el embargo se ha mantenido con sus matices desde 1962 hasta la actualidad, los subsidios terminaron en 1989. Sin embargo, es necesario remarcar el rol “soviético” del chavismo desde 2001 hasta 2015 y el creciente rol de las prebendas chinas en la actualidad.

Por su parte, quedan dos puntos importantes pendientes: por un lado, el beneficio político y simbólico que supuso para el régimen la permanencia del embargo. La dictadura no solo ha podido responsabilizar al embargo de una sucesión notable de errores propios sino, incluso, ha logrado darle una dimensión tal como para que el embargo siga siendo percibido y denominado como bloqueo. Eso ha sido un logro simbólico (y consecuentemente político) fenomenal. Por otro lado, queda pendiente una cuestión: es paradójico como una filosofía que desprecia al libre comercio argumente que la razón principal de sus problemas es la ausencia de libre comercio, justamente, con la potencia capitalista que

representa los EEUU.

¿Cómo podemos ponderar el costo X del embargo versus el supuesto beneficio T? Obviamente no es sencillo pero es posible: por un lado, si es relativamente sencillo medir el monto de los subsidios netos transferidos por Moscú a La Habana desde 1963 hasta 1989. Por otro lado, es complejo precisar el monto del comercio y de las ganancias del comercio no ocurrido entre Cuba y los EEUU. Intentaremos cotejar distintos indicadores en un próximo número de este Newsletter recurriendo a una comparación con el desempeño de Jamaica y República Dominicana.

El desempeño de la economía cubana durante el “período especial” (1991-1994), es decir, cuando el colapso soviético repercutió en el fin de los subsidios de Moscú, confirma que la crisis económica es consecuencia de la ineficiencia endémica de la planificación central de la economía y no de la imposibilidad de comerciar con los Estados Unidos. La comparación es simple, y su incompreensión refleja dogmatismo, pero es necesario repetirlo: 1) ha habido un embargo desde 1962 que, con distintos matices, ha llegado hasta la actualidad; 2) la directa contrapartida del embargo han sido los subsidios soviéticos; 3) es decir, sin conflicto con los EEUU no hubiera habido embargo y sin el embargo no hubiera habido subsidios soviéticos que, como mencionamos (y será necesario detallar) han sido mayores al costo del embargo; 4) la economía cubana colapsó cuando esos subsidios se terminaron (1989); 5) la economía cubana moderó su caída y lentamente volvió a crecer con la aparición de una “nueva Unión Soviética”, más modesta, como la Venezuela de Chávez; paso seguido, 6) el embargo impuesto por los Estados Unidos no ha sido el responsable del pobre desempeño de la economía cubana. Más aún 7) la economía cubana solo se ha mantenido a flote cuando se encontró con distintos mecenas. La pregunta permanece: ¿Por qué ha sido y es tan

difícil introducir esta simple cuestión en el debate sobre la tragedia cubana?

Como síntesis de esta primera parte, es importante remarcar que la economía cubana ha sufrido un embargo y no un bloqueo y que ello se encuentra representado en que Cuba ha comerciado con el resto del mundo. Más aún, el principal socio comercial de Cuba hoy es China pero en la primera década del siglo XXI el principal socio en el comercio de servicios (básicamente remesas) han sido los Estados Unidos. Paso seguido, hemos remarcado que los costos económicos del embargo deben sopesarse con el beneficio económico que supuso el conflicto, es decir, deben sopesarse con la contraparte que representaron los subsidios soviéticos. La conclusión es simple y contundente: los beneficios económicos del embargo han sido superiores a los costos. Es sorprendente como un ejercicio matemático tan simple haya sido sistemáticamente ignorado

Por último, si bien no es el tema de esta serie de artículos es importante repetir que el embargo ha tenido un beneficio simbólico y político fenomenal para el régimen (tanto como para que sea posible todavía hoy “confundir” embargo con bloqueo) y, más aún, es necesario remarcar que el régimen y sus simpatizantes insisten en presentar como un costo aquello que, según sus propios postulados filosóficos, debería ser para ellos un beneficio: no poder comerciar con el capitalismo imperialista que representan los estados Unidos.

PEDRO ISERN

Director Ejecutivo de CESCOS

POLÍTICA Y ECONOMÍA

¡PAY THEM MORE!

POR AGUSTIN PIZZICHILO



La economía de los Estados Unidos enfrenta oportunidades y desafíos ante la inminente salida de la pandemia. Las oportunidades son consecuencia directa de la notable versatilidad de la sociedad americana para innovar ante situaciones complejas e inesperadas. Los desafíos son muchos. En esta oportunidad haremos hincapié en la dificultad que tienen algunos sectores para encontrar mano de obra debido, en parte, a los incentivos disímiles que los agentes económicos reciben de los “policy-makers” en Washington.



*"Algunos economistas sugieren que **el tiempo que duran los beneficios por desempleo terminan siendo contraproducentes para la economía americana (...)** Estas ayudas por desempleo en medio de una recuperación económica han **parcialmente desalentado a las personas que la están recibiendo a incursionar en una agresiva búsqueda de trabajo**"*

La recuperación económica en los Estados Unidos, que tan bien se percibida en marzo, cuando los datos de solicitud de ayuda por desempleo habían bajado a 500 mil personas, se encuentra ahora en problemas debido a la poca mano de obra disponible. Las empresas en los Estados Unidos, principalmente en los sectores que emplean la mano de obra menos cualificada, están teniendo muchos problemas a la hora de contratar. Esto ha llevado a presionar de manera directa a sus representantes para que terminen con los subsidios por desempleo. Es importante mencionar que en el momento más crítico de la economía americana (en el segundo trimestre de 2020) estas solicitudes de subsidio por desempleo habían llegado a ser de 6,8 millones de personas.

En el mes de abril de 2021 se generó un nuevo récord en nuevos puestos de trabajo disponibles: 9,3 millones. Tan solo en el mes de abril se crea-

-ron 1 millón de nuevos puestos, siendo la mayoría en el sector de servicios (donde se destaca el sector salud), luego en transporte y producción de manufacturas. Esto denota un importante dinamismo en la economía de los Estados Unidos. El informe de abril también nos muestra que tan solo se ocuparon 70 mil de estos nuevos puestos de trabajo, es decir, tan solo 1 de cada 15 de los nuevos puestos.

Aquí está para muchos el principal problema de la economía americana estos días. Hay una diferencia muy grande entre lo que es la oferta y la demanda de trabajo. Esta falta de mano de obra en medio de una economía en expansión, está generando problemas muy importantes en la cadena de suministros, enlenteciéndolas y encareciéndolas, ya que no hay transportistas.

En una entrevista realizada a la presidenta de la

“Cámara de Comercio de los Estados Unidos” (American Chamber of Commerce) el pasado primero de junio ella comentaba: “La falta de mano de obra es real, y es un problema que se está agravando día a día”, agregando luego: “La única forma de hacer crecer nuestra economía es llenado estos puestos de trabajo”. La administración Biden sugiere que la gente no quiere volver a trabajar ya que deben cuidar a sus hijos o por miedo al COVID. Sin embargo, en los Estados Unidos la vacunación es muy grande y hay cada vez más escuelas abiertas.

Algunos economistas sugieren que el tiempo que duran los beneficios por desempleo terminan siendo contraproducentes para la economía americana. Recordemos que las personas que son elegibles para este subsidio reciben un subsidio por parte del estado donde residen y, a su vez, un subsidio de 600 dólares semanales por parte del gobierno federal. Estos 600 semanales se convirtieron hace poco en 300 dólares semanales.

Estas ayudas por desempleo en medio de una recuperación económica han parcialmente desalentado a las personas que la están recibiendo a incursionar en una agresiva búsqueda de trabajo. Un dato interesante para demostrar esto es que hubo menos contrataciones en abril que en diciembre del 2020, cuando todavía no existía este subsidio por parte del gobierno, y la vacunación no estaba tan extendida como hoy en día.

Incluso se repiten casos donde las empresas están pagando a las personas para que vayan a entrevistas laborales.

En una conferencia de prensa del pasado 26 de junio el presidente Biden, tras las preguntas y las quejas de las empresas por “labour shortage”, les recomendó “Pay them more”, es decir, “páguele más”, para que acepten trabajar. Un problema con ello es que las personas que están recibiendo el subsidio en muchos casos prefieren no trabajar, aunque reciban un salario mayor. Esto se debe en

parte al tiempo libre que las personas ganan. Muchas de estas personas antes debían tener 2 o incluso 3 empleos part-time y hoy, con un solo empleo, más los beneficios que reciben del estado y el gobierno federal, no necesitan más que un empleo part-time o, en algunos casos, ninguno.

La falta de incentivos para salir a trabajar, además de los nuevos beneficios y aumentos que están generando las empresas en los Estados Unidos, está haciendo que esos puestos de trabajos los estén ocupando personas que deberían estar formándose. El desempleo de las personas entre 16 y 19 años es el más bajo de la historia de los Estados Unidos desde 1953, año en que comenzó a llevarse registro de este dato. La realidad es que la mayoría de las personas de estas edades no califica para recibir subsidio por desempleo ya que no tiene historia laboral y esto, sumado a la poca mano de obra, está generado que las personas entre 16 y 19 años estén tomando estos puestos de trabajo. Aproximadamente el 40% de los nuevos empleados de abril y mayo fueron personas que tienen entre 16 y 19 años.

Esto debería ser alarmante también para el Congreso por dos grandes motivos. Por un lado, la mayoría de los nuevos empleos no requieren altas calificaciones y, al no encontrar mano de obra en un determinado país, las empresas se trasladan a otras economías donde es relativamente sencillo conseguir ese tipo de mano de obra. Por otro lado, si para las personas que tienen entre 16 y 19 años deviene crecientemente sencillo conseguir empleos con (relativamente) mejores salarios, se generará allí un incentivo a la deserción escolar en los últimos años de la escuela secundaria.

A partir de septiembre muchos estados comenzaron a quitar estos subsidios. La administración Biden aún debe decidir qué camino tomar frente a esto. Vale la pena mencionar que las cadenas de suministro han enfrentado problemas de tiempo y, a su vez, ello ha encarecido los precios de bienes y servicios que, a su turno,

parece estar redundando en un proceso inflacionario preocupante.

Esperaremos a ver cómo se desarrolla en los próximos meses esto y como planea la administración Biden sortear este desafío que enfrenta su economía.

AGUSTIN PIZZICHILO

Fellow de CESCOS

¿Te gustaría recibir el Newsletter en tu correo electrónico?

[¡Suscribite acá!](#)

Somos consciente de la cantidad de spam que se recibe a diario, por eso, realizamos un resumen de las principales noticias para que no te pierdas nada de lo que pasa en los Estados Unidos

EDITORES

Pedro Isern; Agustín Pizzichillo; Angelo Bardini; Lucía Salvini